

EL CENTRO IZQUIERDA EN EUROPA: LUCES Y SOMBRAS DE LA NUEVA SOCIALDEMOCRACIA*

Ángel Valencia Sáiz**

1. El *centro izquierda*: una respuesta ante los límites de la socialdemocracia

La última década ha sido compleja para la izquierda en Europa. Enfrentada al síndrome post-89 y al reto de la globalización, uno de los temas fundamentales ha sido el de los límites de la socialdemocracia como una alternativa válida para responder a los nuevos desafíos políticos. Esto ha supuesto un desplazamiento del espacio político de la izquierda hacia el *centro izquierda* tanto en el plano ideológico como en el político. En este contexto, el propósito de este artículo es doble: por un lado, intentar explicar las razones de este desplazamiento ideológico de la *nueva socialdemocracia* hacia el *centro izquierda* y, por otro, evaluar las experiencias de gobierno de aquellos partidos que, como el *New Labour* británico y como el SPD alemán se han definido e identificado, en mayor o menor medida, dentro de este espacio político que supone una ruptura con el legado de la socialdemocracia tradicional.

El tema de la crisis de la socialdemocracia y los diagnósticos sobre su fin o su incapacidad para responder a las nuevas transformaciones sociales no es nuevo. Desde el cuestionamiento en la década de los setenta del keynesianismo y del Estado Social, pasando por el neoliberalismo de los ochenta y la globalización en los noventa no han dejado de surgir voces que proclamaban el agotamiento del modelo socialdemócrata. Desde esta perspectiva, el *centro izquierda* comparte este diagnóstico pero con la pretensión de construir un modelo nuevo. Sin embargo, se han producido una serie de cambios en el escenario político europeo que han relativizado su impulso renovador. Uno de ellos ha sido el reciente avance de la derecha. Cuando surgió el *centro izquierda*, a mediados de la década de los noventa, eran mayoría los gobiernos socialdemócratas; hoy son mayoría los gobiernos conservadores. Un fenómeno inducido también por un rebrote de una extrema derecha populista, ultraconservadora y racista que ha tenido un cierto éxito en Austria, Francia, Italia y Holanda. Las consecuencias son bien conocidas, un fracaso elec-

(*) Este artículo se enmarca dentro de la línea de investigación desarrollada durante mi estancia en Keele University (Reino Unido) durante el curso 2000-2001, gracias a la obtención de una ayuda del Subprograma de Estancias Españoles en Centros de Investigación Españoles y Extranjeros (PR 2000-0361). Agradezco muy especialmente al Prof. Javier Gallardo, editor de la Revista Uruguaya de Ciencia Política, tanto su apoyo como las facilidades dadas para su publicación.

(**) Profesor titular de Ciencia Política de la Universidad de Málaga. Área de Ciencia Política. Facultad de Derecho. Universidad de Málaga. Campus de Teatinos, s/n. 29071 MÁLAGA. E-mail: avalencia@uma.es

toral de la izquierda y una victoria de la derecha en estos países. El ascenso de la extrema derecha “tiene factores comunes (globalización, transformación del Estado al integrarse en la Unión, inmigración creciente)” (Sotelo 2002a: 23), pero también responde a dos causas más profundas que afectan a las sociedades democráticas: por un lado, la pérdida de legitimidad de las instituciones políticas y también la crisis creciente de la izquierda socialdemócrata. En este contexto, “los partidos, también los socialdemócratas han vuelto a lo que fueron antes de que la socialdemocracia inventara su modelo de partido: una asociación electoral con el único fin de ganar elecciones para repartirse los cargos. Ello explica el desprestigio creciente de los partidos establecidos, de centro izquierda y de centro derecha, un factor no desdeñable en el ascenso de la extrema derecha” (Sotelo 2002 a: 23). No cabe duda, que este hecho es determinante para explicar los orígenes de la desafección política que ha inducido el avance de la derecha en Europa. Sin embargo, es poco preciso para explicar la escasa diferencia ideológica entre los partidos socialdemócratas y los partidos liberal-conservadores y establecer un balance de las experiencias de los gobiernos de *centro izquierda* europeos.

En este contexto, una de las cuestiones de fondo es intentar explicar las razones de evolución de las señas de identidad de la izquierda y su repercusión en la disminución de las diferencias ideológicas y políticas de los partidos políticos contemporáneos. Si los viejos partidos comunistas han desaparecido casi por completo y los partidos socialdemócratas hacen políticas neoliberales, una de las respuestas posibles es sostener el agotamiento del modelo socialdemócrata. Desde esta perspectiva, la definición de *centro izquierda* de la *nueva socialdemocracia* no sería más que una respuesta ante este diagnóstico. Sin embargo, la respuesta es más compleja si analizamos las posiciones que están definiendo el debate dentro de la izquierda europea. A nuestro juicio, dentro de la izquierda en Europa conviven tres líneas de evolución: En primer lugar, los que sostienen la tesis del *final de la socialdemocracia*, o bien porque se ha producido un agotamiento de las condiciones históricas que la hicieron posible, o bien porque además proponen un *tercer espacio* – Tercera Vía o Nuevo Centro– entre la izquierda socialdemócrata y la derecha neoliberal para asumir los nuevos problemas de la realidad política derivados, sobre todo, de la globalización; en segundo lugar, los que desde la propia socialdemocracia defienden la validez de su legado frente a las posiciones próximas al *centro izquierda*; y, finalmente, aquellos que desde fuera de la socialdemocracia creen que la izquierda debe definirse desde otro espacio político que tiene que ver con las nuevas contradicciones sociales –la izquierda verde o los movimientos antiglobalización–. Dejando de lado esta última posición, el debate que nos interesa analizar aquí oscila entre los límites de la tradición socialdemócrata para responder a los nuevos desafíos políticos del presente y entre una *nueva socialdemocracia* que desde el *centro izquierda* es cuestionada tanto por renunciar al legado de la izquierda socialdemócrata como por pretender ser un modelo renovador y predicable para toda la izquierda europea. Definido, pues, el escenario del análisis, veamos ahora más despacio las diversas posiciones.

En el primer caso, sostener la tesis del *final de la socialdemocracia* no sería más que la expresión del agotamiento de un modelo, como consecuencia de un cambio de las condiciones sociales que le granjearon el éxito después de la II Guerra Mundial y que le

dotaban de unos contenidos distintos a los de los partidos de la derecha. Como ha afirmado Ignacio Sotelo, “que la socialdemocracia haya desaparecido en Europa, es decir, en el único continente que ha tenido peso específico [...] no alude al hecho de que últimamente los partidos socialdemócratas hayan sido desbancados del poder en países en los que alcanzaron la mayor relevancia (Austria o Dinamarca), habiendo dejado también de gobernar en otros que, como Francia o Portugal, y en menor medida, España e Italia, en los años setenta, desde un socialismo que pretendía superar el capitalismo fueron muy críticos de la socialdemocracia del centro y del norte de Europa. Afirmar que el socialismo, que surgió en el siglo XIX y que con sus distintas ramas ha llenado parte del XX, pertenece a un pasado definitivamente ido, no implica que cuando decline la actual ola conservadora los partidos que lleven esta denominación no vuelvan a gobernar [...] Se habla del final porque se han agotado, por un lado, los contenidos específicos que diferenciaban la socialdemocracia de los demás partidos que llamaba burgueses y hoy denominamos conservadores, populares, democristianos o simplemente de centro derecha; y, por otro, el modelo de partido que inventó la socialdemocracia a finales del XIX, reconvertida hoy en un partido interclasista sin otra perspectiva, al igual que los otros partidos con los que compite, que ganar elecciones. El hecho básico, por lo demás hartamente conocido, del que tiene que partir cualquier reflexión sobre la situación actual de la socialdemocracia, es que en objetivos, organización y militancia en nada se diferencia de los otros partidos mayoritarios. A comienzos del siglo XX la línea divisoria entre partidos socialistas y partidos burgueses era de trazo grueso; a comienzos del siglo XXI se ha esfumado por completo”(Sotelo 2002b: 10).

El núcleo de esta tesis es que el éxito de la socialdemocracia después de la II Guerra Mundial en Gran Bretaña, Alemania y Suecia residió precisamente en su eficacia en la lucha contra el desempleo masivo a través de la política económica keynesiana y el Estado de Bienestar. Sin embargo, cuando desde la década de los setenta no se logra mantener el pleno empleo y el crecimiento económico, comienza su renuncia al Estado de Bienestar. Así, pues, la crisis del keynesianismo marca el comienzo del fin de la socialdemocracia.¹ Como ha señalado Wolfgang Merkel, “a finales de los años setenta, la receta keynesiana de gobierno perdió su influencia económica y su atractivo político al dejar de registrarse un crecimiento económico –sin duda el parámetro central del compromiso del Estado del Bienestar– que no causara al mismo tiempo tan intensos conflictos de distribución como consecuencias negativas en la economía exterior respecto de la dirección global de la demanda. La antigua y eficaz interrelación de keynesianismo y socialdemocracia parecía ahora invertir sus efectos, amenazando la crisis del keynesianismo con arrastrar consigo a la socialdemocracia. En esa situación, conservadores, neoliberales y marxistas olvidaron una vez más sus diferencias y, como si una mano invisible dirigiera esa babilónica algarabía, se unieron en un coro que con poderosa voz proclamaba la

(1) Para un análisis pormenorizado de la tesis del *final de la socialdemocracia*, véase, Merkel 1994 a; 1995. Un buen complemento a lo anterior son algunos estudios de caso de los partidos socialdemócratas en Europa de esa época, véase, VV.AA 1991; VV.AA 1992 y Anderson y Camiller 1994. Un excelente análisis de la socialdemocracia desde una perspectiva más reciente, véase, Callaghan 2000.

crisis, el declive, el final de la socialdemocracia” (Merkel 1994 b: 9). Esta tesis se ha visto reforzada en las décadas de los ochenta y de los noventa por unos partidos socialdemócratas que hacían cada vez políticas económicas más neoliberales, una tendencia que se ha visto reforzada por la globalización. El *final de la socialdemocracia* no viene marcado, pues, por la imposibilidad de gobernar de nuevo en Europa sino por la desaparición de las condiciones sociales y de las políticas que distinguieron a la izquierda socialdemócrata hasta la década de los setenta. A partir de ese momento, se produce una pérdida del espacio político propio de la socialdemocracia que se refleja tanto en una convergencia con las políticas económicas neoliberales como en la defensa de la reforma del Estado de Bienestar. El gran acierto de esta postura es, en el plano analítico, su diagnóstico sobre evolución socialdemocracia europea. Sin embargo, en el plano político, su problema estriba en que, o bien conduce a una postura defensiva de las señas de identidad del legado histórico de la izquierda socialdemócrata, o bien no percibe alternativas para la recuperación del espacio político diferencial de la socialdemocracia desde unas nuevas señas de identidad que aborden la nueva realidad política y económica del presente.

En el segundo caso, es decir, la de quienes sostienen que el *final de la socialdemocracia* implica una redefinición de una *política radical*, es decir, que está más allá de la izquierda y de la derecha —más allá de la socialdemocracia y del neoliberalismo—, y que ha sido la base de las ideas de la *Tercera Vía* y del *Nuevo Centro*, sobre todo para el *New Labour* y para el SPD, y del desplazamiento hacia el *centro izquierda*. Como puede verse, esta posición coincide en el diagnóstico con la postura anterior, pero se diferencia en el plano político que adopta una posición constructiva que pretende romper con el legado de la *vieja socialdemocracia* para construir la base de una *nueva socialdemocracia*. La búsqueda de una *política radical* constituye uno de los rasgos que caracteriza el pensamiento y el discurso ideológico de la izquierda actual.² La tesis de fondo es que, tanto el impacto ideológico post-89 como una serie de tendencias de cambio social que parecen definir una nueva era —globalización, nuevo cambio tecnológico e inmigración por poner tres ejemplos destacados—, hacen insuficientes los viejos planteamientos de los partidos socialdemócratas y comunistas en Europa. La definición de este *nuevo espacio político* o *tercer espacio*³ está determinando el debate de la izquierda en Europa, ya sea a través de las propuestas de *tercera vía* que son el origen de las posturas de *centro izquierda* o de la búsqueda de una redefinición del espacio del ecologismo dentro de la denominada *tercera izquierda*⁴ que constituyen la base de una *izquierda verde*. En este contexto, una de las consecuencias más novedosas de esta evolución ideológica es que ha posibilitado una vertebración nueva del ecologismo y la izquierda⁵ que se traduce en una nueva convergencia entre ecologismo y socialismo como consecuencia, por un lado, del pragmatismo y la consolidación electoral de los partidos ecologistas en la década de los noventa y, por otro, de la convergencia entre los partidos socialdemócratas y los partidos ecologistas propiciada por un nue-

(2) Sobre la *política radical* y su significado en la izquierda, véase Valencia (2001 a).

(3) Sobre el *nuevo espacio político de la izquierda*, véase Valencia (2000 a; 2001 b; 2002).

(4) Véase al respecto Cohn-Bendit y Mendiluce 2000 y Panarari (2001).

(5) Véase Valencia (2000 b).

vo espacio político que ha hecho posible una política de alianzas muy diferente, que ha determinado una participación muy diversa de los partidos verdes en el gobierno en los casos de Alemania, Francia, Bélgica, Italia y Finlandia⁶ que hacen pensar, después de las últimas elecciones en Alemania y en Suecia que la idea de una *izquierda verde*, al menos, en los países del Norte de Europa sea algo más que una casualidad. Desde esta perspectiva, intentaremos ver a continuación cuáles son las claves teóricas de evolución de la *nueva socialdemocracia* hacia el *centro izquierda*, formando parte de ese *nuevo radicalismo político*.

2. El síndrome post-89 y sus consecuencias en la izquierda

Desde nuestro punto de vista, la evolución de la *nueva socialdemocracia* hacia el *centro izquierda* surge como consecuencia de dos fenómenos: por un lado, la percepción del agotamiento del modelo socialdemócrata y, por otro, como un intento de recomponer la izquierda socialdemócrata dentro de un modelo de *política radical* para el siglo XXI. Desde esta perspectiva, deben entenderse los intentos de renovación ideológica de la socialdemocracia de lo que se ha denominado *tercera vía*, un conjunto de ideas y propuestas políticas del primer ministro laborista británico Tony Blair⁷ y desarrolladas en un plano teórico por el sociólogo Anthony Giddens⁸, que contaron con el apoyo durante algún tiempo del *nuevo centro* del SPD⁹ y que han pretendido ser el eje tanto de un debate dentro de la izquierda europea en el que se planteen los desafíos políticos que deberá afrontar la socialdemocracia en el siglo XXI, como un foro de discusión sobre las políticas para resolverlos. No obstante, la notoriedad pública adquirida por Giddens con la *tercera vía* y como paladín del *nuevo laborismo* oculta que su definición de la izquierda está basada en un *modelo de política radical*, cuya estructura profunda es una lectura de la modernidad que había sido planteada anteriormente en su obra *Más allá de la izquierda y la derecha*¹⁰. En este sentido, el concepto de *modernización reflexiva*¹¹, compartido con Ulrich Beck y Scott Lash, constituye una noción que permite abordar una serie de problemas contemporáneos que afectan a la vieja modernidad, instalada en la sociedad industrial, sustituyéndola por otra diferente lo que implica, por tanto, una salida diferente al debate modernidad-postmodernidad y una reinterpretación de la nueva modernidad desde una óptica nueva.

(6) Sobre el nuevo papel de los partidos ecologistas en el escenario político europeo y sus experiencias de gobierno en estos países, véase Biorcio (1999), Müller-Rommel y Poguntke (2002), y Valencia (2002).

(7) Véase su libro (Blair 1998) y también la Declaración Política Conjunta sobre Europa junto a Gerhard Schröder el 8 de junio de 1999 en la víspera de las elecciones europeas (Blair y Schröder 2000).

(8) La dimensión de Giddens como teórico de la *tercera vía* es suficientemente conocida (Giddens 1998; 2001 a; 2001 b) aunque no es comprensible sin su compromiso político con el *New Labour*. Aunque su interés por el laborismo es anterior (Giddens 1996), su libro más reciente (Giddens 2002) está planteado como un balance de la política del *New Labour* y una definición de su agenda política futura pero también como una contribución al debate de la *tercera vía*, dirigido a los críticos de su país.

(9) El artífice del *nuevo centro* en el SPD ha sido Bodo Hombach (2000), mientras que Oskar Lafontaine (1998; 2000) ha sido su crítico más feroz y el defensor más coherente de la identidad socialdemócrata.

(10) Nos referimos a Giddens 1994 a. Para una visión sintética de sus ideas, véase Giddens 1994 b.

(11) Véase, Beck, Giddens y Lash 1994.

Hay, pues, una convergencia entre la teoría y la práctica política, entre un *modelo de política* radical con las políticas de *centro izquierda* de la *nueva socialdemocracia*. Sin embargo, para entender este fenómeno es necesario contextualizarlo desde la evolución de la izquierda europea.¹² En este sentido, existen tres etapas que se corresponden con tres momentos históricos distintos: en primer lugar, la etapa de desmoralización de la izquierda marcada por el fin del comunismo que se corresponde a últimos compases de la década de los ochenta y principios de los noventa; en segundo lugar, la etapa de la búsqueda de las señas de identidad de la izquierda que se sitúa a mediados de la década de los noventa y, finalmente, la etapa de la construcción y decadencia de un modelo radical que va desde mediados de los noventa hasta hoy.

Después de 1989 asistimos a una primera etapa de desconcierto y desmoralización de toda la izquierda europea y a una ofensiva del pensamiento neconservador en el que se imponía la *tesis de la victoria de la democracia liberal*. Como he afirmado en otro lugar, “una mirada superficial de los últimos compases del siglo XX parece indicarnos que la democracia ha obtenido una gran victoria. La caída de los países comunistas desde 1989 y el éxito de las transiciones hacia la democracia en numerosos países del mundo parecen confirmar empíricamente esta tesis. Este proceso ha sido descrito por Huntington como una *tercera ola de democratización* que abarca los quince años posteriores a 1974, año que marcó el fin de la dictadura portuguesa y que supuso el comienzo de la sustitución de regímenes autoritarios por otros democráticos en aproximadamente treinta países de Europa, Asia y América Latina. Naturalmente, el camino no ha sido fácil y ha habido sus tropiezos y resistencias, como en China en 1989. Sin embargo, todo parece indicar que «el movimiento hacia la democracia parece adquirir el carácter de una marea universal casi irresistible, que avanza de triunfo en triunfo». Esta afirmación de cierto entusiasmo, rara en un politólogo tan serio como Huntington, parece haberse asumido eufóricamente por el conservadurismo radical de finales de los ochenta y principios de los noventa dentro de una ofensiva ideológica que ha tenido como armas teóricas para defender la victoria de la democracia liberal en las tesis del *fin de la historia* y del *fin de las ideologías*” (Valencia 1997: 85)¹³.

En este contexto, la tesis de Francis Fukuyama¹⁴ fue tan célebre como criticada porque su formulación preconizaba, de un modo radical, la victoria de los principios de la democracia liberal y, por tanto, del liberalismo económico y político. Se trataba de una victoria en el campo de las ideas, del conocimiento y de la ideología, que se veía confirmada por la derrota definitiva de ideologías históricamente rivales como el fascismo o el comunismo y que no dependía del funcionamiento de la democracia o de su extensión en el contexto histórico mundial sino del triunfo de sus principios, es decir, como un ideal imposible de mejorar. Dejando aparte el debate suscitado por la tesis del *fin de la historia*, creo que “el principal problema de los defensores de la *tesis de la victoria de la democracia liberal* no radica en que su hipótesis sea errónea sino exagerada. Se produce, pues, una distorsión en la percepción del avance de la democracia como consecuencia de

(12) Sobre este tema, véase Monereo 1997.

(13) En cuanto a la obra citada, véase Huntington 1994 : 33.

(14) Véase Fukuyama 1990; 1992. Recordemos: Montero (1957) y así Sobre la tesis del *fin de la historia*, véase, Del Águila 2002.

una triunfalista valoración de las consecuencias del fin del sistema soviético” (Valencia 2000 b: 74).

En este sentido, resulta más razonable sostener que la desaparición del comunismo implica la victoria de la democracia como principio de legitimidad universal, pero esto no significa la victoria del proceso de democratización y, por tanto, de extensión geográfica de los sistemas democráticos. Como señaló Giovanni Sartori a principios de la década de los noventa, “la victoria de la democracia es hoy *in primis* la victoria de un principio de legitimidad. A la larga es una victoria decisiva; pero a corto plazo es únicamente una victoria preliminar y si distinguimos además [...], entre instauración y consolidación de una democracia, el paso de la primera a la segunda es largo” (Sartori 1993: 17). Esta distinción entre legitimidad e instauración y consolidación democráticas es importante porque permite valorar el significado real de la extensión de la democracia y admitir, por tanto, la inestabilidad de los sistemas democráticos en la Europa central y oriental y en buena parte de América Latina, su limitada presencia en África, su exclusión en gran parte de Asia y su rechazo en los países islámicos. En una palabra: “el fin del comunismo dio un impulso decisivo en la consideración de la democracia como única forma de gobierno legítimo. Sin embargo, esto no implicó que el proceso de democratización espacial en todo el mundo no estuviera exento de graves dificultades, ni tampoco evitó la necesidad de *repensar la democracia* que se está produciendo en la teoría política contemporánea más reciente. La interpretación de este hecho histórico fundamental coincidió con una etapa de dominio ideológico y político del neoconservadurismo, determinando que el período 1989-1991 fuera una etapa de un cierto desconcierto para la izquierda europea” (Valencia 2000 b: 76).

De alguna manera, el fin del comunismo supuso para la izquierda, incluso para la izquierda democrática, tener que enfrentarse definitivamente al hecho de que la democracia como forma de gobierno y la economía de mercado deben ser compatibles con su proyecto político emancipatorio. Como señaló Furet, para el hombre del siglo XX el comunismo ha representado la ilusión de una sociedad igualitaria y su fin “le hace regresar, por el contrario, al interior de la antinomia fundamental de la democracia burguesa. Entonces redescubre, como si fueran de ayer, los términos complementarios y contradictorios de la ecuación liberal: los derechos del hombre y el mercado; y con ello compromete el fundamento de lo que ha constituido el mesianismo revolucionario desde hace dos siglos” (Furet 1995: 570-571).

A pesar de todo, tras la izquierda desmoralizada pronto se llegó a una segunda etapa introspectiva de búsqueda de las señas de identidad del socialismo, marcada por las diversas interpretaciones del fin del comunismo.¹⁵ Así, la bibliografía de esta etapa (1989-1993) se caracterizó por una definición negativa de la izquierda, más que por una definición positiva que permitiera la construcción de una nueva alternativa política.¹⁶ Sin em-

(15) Véanse, por ejemplo, Blackburn 1993 y Bosetti 1996.

(16) Una de las pocas excepciones a esta tendencia fue la de Peter Glotz, en un libro publicado en 1992, que constituye una de las primeras definiciones constructivas desde la izquierda socialdemócrata ante el fin del comunismo. Véase Glotz 1992.

bargo, a mediados de la década de los noventa se produce un punto de inflexión gracias al libro de Norberto Bobbio, titulado *Derecha e izquierda*¹⁷, en el que se reivindicaba la necesidad de esta distinción política porque “la crisis del sistema soviético habría tenido como consecuencia, en este caso, no el fin de la izquierda sino de una izquierda históricamente bien delimitada en el tiempo. De esta constatación derivaría otra consecuencia sobre la cual el debate está más abierto que nunca: no existe una única izquierda, existen muchas izquierdas, como, por otro lado, hay muchas derechas. Naturalmente, afirmar que existen muchas izquierdas significa reafirmar la tesis tradicional según la cual debe haber un criterio para distinguir la izquierda de la derecha; de esta manera la diáda ha sobrevivido a la gran crisis” (Bobbio 1995: 68). Si aceptamos, pues, no sólo la pervivencia de un criterio de distinción sino que además “el criterio más frecuentemente adoptado para distinguir la derecha de la izquierda es el de la diferente actitud que asumen los hombres que viven en sociedad frente al ideal de la igualdad” (Bobbio 1995: 135). En consecuencia, la diferencia estriba en la diferente actitud que la izquierda y la derecha adoptan hacia la igualdad. Así, la izquierda es igualitaria y la derecha es no igualitaria aunque “cuando se atribuye a la izquierda una mayor sensibilidad para disminuir las desigualdades no se quiere decir que ésta pretenda eliminar todas las desigualdades o que la derecha las quiera conservar todas, sino como mucho que la primera es más igualitaria y la segunda es más desigualitaria” (Bobbio 1995: 144). Esto implica, según el filósofo político italiano, que “el elemento que mejor caracteriza las doctrinas y los movimientos que se han llamado *izquierda*, y como tales además han sido reconocidos, es el igualitarismo, cuando esto sea entendido, lo repito, no como la utopía de una sociedad donde todos son iguales en todo sino como tendencia, por una parte a exaltar más lo que convierte a los hombres en iguales respecto a lo que los convierte en desiguales, por otra, en la práctica, a favorecer las políticas que tienden a convertir en más iguales a los desiguales” (Bobbio 1995: 152).

En síntesis, si la izquierda es más igualitaria, es decir, hace más hincapié en la atenuación de los factores que producen la desigualdad humana, su lucha histórica por la igualdad sigue teniendo plena vigencia mientras existan formas de desigualdad tan profundas como las que existen en el mundo en que vivimos. Como afirma Bobbio, “el gran problema de la desigualdad entre los hombres y los pueblos de este mundo ha permanecido en toda su gravedad e insoportabilidad [...] El comunismo histórico ha fracasado. Pero el desafío que lanzó permanece. Si, para consolarnos, vamos diciendo que en esta parte del mundo hemos alumbrado la sociedad de los dos tercios, no podemos cerrar los ojos frente a la mayoría de los países donde la sociedad de los dos tercios, o hasta de los cuatro quintos o de los nueve décimos, es la otra. Frente a esta realidad, la distinción entre derecha e izquierda, para la que el ideal de la igualdad siempre ha sido la estrella polar a la que ha mirado y sigue mirando, es muy clara. Basta con desplazar la

(17) Véase Bobbio 1995. La edición original italiana es de 1994, pero ante el debate suscitado por el libro apareció una segunda edición “revisada y ampliada con una respuesta a los críticos” al año siguiente, siendo esta última la base de la traducción española.

mirada de la cuestión social al interior de cada Estado, de la que nació la izquierda en el siglo pasado, hacia la cuestión social-internacional, para darse cuenta de que la izquierda no sólo no ha concluido su propio camino sino que apenas lo ha comenzado” (Bobbio 1995: 170-171). En una palabra, y a pesar del fracaso del comunismo, mientras exista la desigualdad tiene sentido continuar la lucha histórica de la izquierda; por tanto, el futuro de la izquierda viene marcado por esa distinción conceptual que la hace depositaria de la lucha por la consecución de la igualdad. Contemplada, desde una óptica histórica de análisis del debate de la izquierda de aquellos años, la contribución de Norberto Bobbio fue significativa porque estableció una valoración mesurada del impacto de la crisis del sistema soviético y, al mismo tiempo, revitalizó una distinción necesaria en un contexto marcado por la ofensiva del pensamiento conservador que justificaba el sentido y el futuro de la izquierda en un momento de crisis. En este sentido, contribuyó decisivamente a que la izquierda saliera de ese *impasse* al que luego se sumaron otras propuestas que son la base del nuevo *radicalismo político*.

3. El centro izquierda: ¿un nuevo radicalismo político?

En cualquier caso, la base de las nuevas propuestas se deriva de una reinterpretación de la modernidad que aparece desde mediados de los ochenta y se desarrolla en una serie de autores que hacen de los conceptos de *sociedad del riesgo*, *reflexividad* y *destraditionalización* las líneas de fuerza de una reinterpretación de la modernidad. En este sentido, la noción de *modernización reflexiva* constituye no sólo interpretación diferente de la modernidad sino también un punto de partida para la construcción de nuevos programas políticos de izquierda. Como afirma Ulrich Beck: “*Modernización reflexiva* significa la posibilidad de una (auto)destrucción creativa de toda una época: la de la sociedad industrial. El *sujeto* de esta destrucción creativa no es la revolución, ni la crisis, sino la victoria de la modernización occidental... si modernización simple (u ortodoxa) significa..., en primer lugar, la desvinculación y, en segundo lugar, la revinculación de las formas sociales tradicionales por las formas sociales industriales, entonces modernización reflexiva significa primero la desvinculación y luego la revinculación de las formas sociales industriales por otro tipo de modernidad. Así, en virtud de su dinamismo inherente, la sociedad moderna está minando sus formaciones de clases, estratos, ocupaciones, roles de género, familia nuclear, fábricas, sectores empresariales y, por supuesto, también los prerrequisitos y formas continuadas de progreso tecnoeconómico natural. Esta nueva etapa, en la que el progreso puede convertirse en autodestrucción, en la que un tipo de modernización socava y transforma otro, es lo que yo denomino fase de modernización reflexiva. La idea de que el dinamismo de la sociedad industrial socava sus propios fundamentos recuerda la idea de Karl Marx de que el capitalismo es su propio enterrador, pero significa algo bastante diferente. En primer lugar, no son las crisis sino, repito, las victorias del capitalismo las que producen la nueva forma social. Esto significa, en segundo lugar, que no es la lucha de clases, sino más bien la modernización normal y la modernización que va más allá de ésta lo que está disolviendo los perfiles de la sociedad industrial. La

constelación que se está produciendo como resultado de este proceso tampoco tiene nada en común con las utopías, por ahora fracasadas, de la sociedad socialista. Lo que se afirma es que el dinamismo industrial de alta velocidad se está deslizando hacia una nueva sociedad sin la explosión primigenia de una revolución, dejando a un lado los debates políticos y las decisiones de parlamentos y gobiernos. Por tanto, se supone que modernización reflexiva que se produce de forma subrepticia y no planeada, a remolque de la modernización normal, de modo automatizado, y dentro de un orden político y económico intacto implica lo siguiente: una *radicalización* de la modernidad que quiebra las premisas y contornos de la sociedad industrial y que abre vías a una modernidad distinta” (Beck, Giddens y Lash 1994: 14-15).

Como puede verse, se trata de un marco conceptual nuevo marcado por la disolución de la modernización industrial o tradicional y por la aparición de otra nueva, la modernización reflexiva, sobre la que se edifican los nuevos contornos de la sociedad del presente. En este sentido, la noción de *modernización reflexiva* permite abordar una serie de problemas contemporáneos que afectan a la vieja modernidad, instalada en la sociedad industrial, y la sustituyen por otra diferente.¹⁸ Se trata, pues, de una lectura de la modernidad diferente que permite reinterpretar no sólo la *nueva modernidad*¹⁹ sino identificar las nuevas dimensiones de la modernidad, los procesos de cambio social y de las que se derivan consecuencias importantes en el ámbito de la práctica política. Desde esta perspectiva, y como he señalado en otro lugar, “lo más importante para el tema que nos ocupa, los diagnósticos inherentes a las cuestiones tratadas dentro de la noción de *modernización reflexiva* tienen consecuencias políticas prácticas y pretenden estimular programas políticos que sirvieran para salir de la parálisis de la izquierda de la época después del fin del socialismo” (Valencia 2000b: 84). Algo que reconocen Anthony Giddens, Ulrich Beck y Scott Lash cuando afirman que “del análisis de estas cuestiones se derivan consecuencias políticas prácticas. Existen diferencias entre nosotros en cuanto a nuestros diagnósticos divergentes respecto a cuáles podrían ser estas ramificaciones políticas. Sin embargo, todos rechazamos la parálisis de la voluntad política que se evidencia en la obra de tantos autores, que, después de la disolución del socialismo, no ven ya lugar para programas políticos activos. En realidad, el caso es más bien el contrario. El mundo de la reflexividad desarrollada, el que el cuestionamiento de las formas sociales se ha convertido en un lugar común, es un mundo que en numerosas circunstancias estimula la crítica activa” (Beck, Giddens y Lash 1994: 11).

En este contexto, probablemente sea Anthony Giddens el autor que ha hecho un esfuerzo de imbricación mayor entre su lectura de la modernidad, dentro del marco de una *sociedad post-tradicional*, y sus consecuencias políticas dentro de la redefinición de un nuevo espacio político para la izquierda y va a permitirnos entender su evolución posterior hacia la *tercera vía*. Su posición es que la distinción entre izquierda y derecha sigue

(18) En el caso de Ulrich Beck a través de su concepto de “sociedad del riesgo” planteado en su libro de 1986 aunque su versión española fue posterior (Beck 1998).

(19) Esta nueva lectura y reinterpretación de la modernidad es común a autores como Giddens, Bauman, Luhmann o el propio Beck. En este sentido, véase la excelente recopilación y presentación de textos de estos autores por parte de Jostexo Beriain (Beriain 1996).

siendo importante en política pero hay una serie de temas que trascienden esta distinción y, por ello, hay que buscar un modelo para una política radical de izquierdas. En este sentido, concibe la *tercera vía* como “un programa cabal de modernización: de la economía, del sistema político y del Estado de Bienestar. Modernizar significa responder a los grandes cambios que se están dando en el mundo. La Tercera Vía busca una renovación activa de las instituciones públicas. Insiste en el papel de lo público y redescubre la sociedad civil” (Giddens 1999). Dicho en otras palabras, “la *tercera vía* se refiere a un marco de pensamiento y política práctica que buscan adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado esencialmente a lo largo de las dos o tres últimas décadas. Es una tercera vía en cuanto es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo” (Giddens 1998: 164). Y el punto de partida para construir este programa para una política radical pasa por dar respuesta a cinco dilemas que afectan a nuestras sociedades: la globalización, el individualismo, la distinción izquierda-derecha, la capacidad de acción de la política y los problemas ecológicos. Así, para Giddens, la *socialdemocracia a la antigua* “se mantiene, por su parte, en una actitud defensiva del *statu quo* representado por el Estado social de posguerra. Son, literalmente, los nuevos *reaccionarios*” (Vallespín 2000: 215). Estos planteamientos tienen importantes consecuencias tanto ideológicas como políticas.

En el plano ideológico, “el Nuevo Laborismo refundado por Tony Blair ha descrito de diversas maneras sus señas ideológicas: *socialdemocracia modernizada*, *centrismo radical* y *Tercera Vía*. Todas estas definiciones son en parte sinónimas y en parte complementarias. La primera se refiere al lugar del que se procede (la socialdemocracia). La segunda, al espacio ideológico que se quiere ocupar y al tiempo superar (*centrismo radical* significaría no meramente un pensamiento entre la izquierda y la derecha sino más allá de ambas). La tercera, esto es, la *Tercera Vía*, abunda en la definición de *centrismo radical*. Esta última definición, de acuerdo con uno de los teóricos del movimiento, Anthony Giddens, señala un espacio político que deja a un lado el agotado proyecto político socialista (él dice muerto); y, al otro, la insostenible perversidad social del neoliberalismo. La *novedad* de este espacio radicaría en que es resultado de cambios muy profundos en nuestras sociedades. Cambios que demandan un discurso nuevo que se haga cargo de los mismos. Estos cambios hacen referencia, sobre todo, al tipo de problemas amparados bajo el concepto de globalización [...]. La Tercera Vía sería, en este sentido, un discurso diseñado con la intención de hacerse cargo de unas circunstancias nuevas que desbordan los viejos discursos políticos. Estos últimos se encuentran anclados en la vieja divisoria izquierda-derecha y en una concepción de la política limitada al ámbito de los estados nacionales. El neolaborismo es un discurso ideológico de respuesta a la globalización” (Rivero 2002: 117).

En el plano político, la *tercera vía* ha tenido importantes consecuencias, al menos, en la política británica y en la transformación del partido laborista. Así, “la idea de una *tercera vía* proponía un modo de gobernar que se diferenciase tanto de la lógica claramente conservadora de los gobiernos Thatcher (1979-1990) y Major (1990-1997), como de la tradición del laborismo inglés, fuertemente estatista e intervencionista, y con un marcado carácter obrerista, merced a la decisiva influencia sindical en el laborismo británico. La idea de una *tercera vía* representaba a la vez una crítica de ambas tradiciones, y la elabora-

ción de una nueva propuesta política, que no cuestionase ni la economía capitalista ni sus características actuales (internacionalización, existencia de grandes conglomerados empresariales, predominio de la lógica financiera y bursátil, alta tecnificación, etc.), pero que reorientase la acción del Estado en la línea de asegurar una mayor igualdad en las condiciones básicas del desarrollo individual (por ejemplo, insistiendo mucho en la necesidad de la mejora del sistema educativo.) y, sobre todo, en la línea de devolver responsabilidades a la sociedad y a sus organizaciones ciudadanas. A la inversa de la tradición laborista, se combate la idea de un Estado que pueda dirigir el conjunto del proceso social: el flujo continuo de cambios y la complejidad de las sociedades actuales hacen que sea inviable el proyecto de gobernar el todo social desde una única instancia central. De ahí un gran énfasis en términos como *fragmentación*, *devolución*, *descentralización* o *participación*, como mecanismos que permitirían a la sociedad, o mejor, a los diversos colectivos sociales, tener una intervención decisiva en la regulación de los diversos aspectos de la realidad social. Así, por ejemplo, la ayuda al desarrollo a los países menos desarrollados debería canalizarse a través de la acción de *organizaciones no gubernamentales* [...] y no mediante la lógica tradicional, pesada y burocrática, de la acción estatal, de los acuerdos de cooperación entre estados, etc. A escala interna, un cierto grado de descentralización permitiría transferir a los gobiernos locales (y, más tarde, regionales) funciones que el gobierno central no podía realizar de modo efectivo. En otro ámbito, la prioridad concedida a la educación no debería significar un crecimiento masivo del gasto público en enseñanza, sino facilitar el crecimiento y el desarrollo de ofertas educativas diversificadas y en competencia entre sí, asumiendo el gobierno en primer término la responsabilidad de difundir ampliamente todas las informaciones pertinentes para que las familias puedan tomar las decisiones sobre la educación de sus hijos con la máxima información posible. De modo similar, los servicios sociales y personales podrían desarrollarse de un modo más eficaz y menos costoso si se consiguiese la implicación de las familias, de las iglesias o de organizaciones de voluntarios, y no a través de la lógica tradicional de unos extensos y costosos servicios de Seguridad Social” (Botella 2002: 72).

Mi tesis es que Giddens identifica correctamente las cuestiones sobre las que tiene que discutir la izquierda pero, sin embargo, tanto la idea central que sustenta la *tercera vía* como su influencia en la socialdemocracia europea son discutibles. Por otro lado, el *nuevo laborismo*, más cerca del liberalismo que del socialismo, en todo caso, debe ser asumido como un referente para la evolución de la socialdemocracia británica. En síntesis, el tándem Blair/Giddens está lejos de ser hoy el modelo a seguir por la izquierda europea, sintonizando con la izquierda de Estados Unidos o Australia. En consecuencia, cinco años después de su formulación el programa de *centro izquierda*, unido a este *nuevo radicalismo político*, parece dar muestras de agotamiento. De hecho, ya antes se percibía una sobrestimación de estas ideas como un eje de renovación de la izquierda europea. Como ha señalado correctamente Vicenc Navarro: “es importante señalar que a raíz de mis críticas y las críticas de otros autores, Giddens, en su nuevo libro *The Third Way and its Critics*, se distancia de algunas de sus tesis anteriores. Indica, por ejemplo, que la Tercera vía no es –como había escrito antes en su libro *La Tercera Vía*– una vía entre el neoliberalismo y la socialdemocracia (de ahí su nombre Tercera Vía) sino que es la res-

puesta de la socialdemocracia a la globalización económica y a la economía del conocimiento. En este aspecto, considera que todas las experiencias que los partidos y gobiernos socialdemócratas están hoy experimentando en Europa son derivadas de la Tercera Vía, arrogándose así una paternidad que muchos de los socialdemócratas europeos considerarían insultante. Según Giddens, desde las medidas del gobierno Jospin, reduciendo la jornada laboral a 35 horas, a las propuestas desreguladoras del mercado de trabajo del gobierno Blair, son todas ellas propuestas que merecen el calificativo de Tercera Vía. Según esta redefinición de la Tercera Vía, todos los cambios que están experimentando los gobiernos socialdemócratas en la UE son expresiones de la Tercera Vía. Esta redefinición me parece insostenible, puesto que exagera la influencia de la Tercera Vía hoy en Europa y en el mundo” (Navarro 2000: 257). De este modo, el éxito internacional de Giddens adquirido como teórico de la tercera vía y su influencia en el nuevo laborismo²⁰ no debe de ocultar el fracaso político de sus propuestas en Europa. El desplazamiento de la izquierda hacia el centro propuesto por el tándem Giddens/Blair presenta, al menos, tres críticas fundamentales: en primer lugar, la inanidad de un proyecto político sostenido en una gran idea sin contenido, más un logotipo resultado de un inteligente proceso de marketing político y mediático creado cuidadosamente por una serie de think-tanks,²¹ pero que funciona bien electoralmente; en segundo lugar, por su ruptura con la tradición socialdemócrata y, sobre todo, por sus ideas de reforma del Estado de Bienestar que están condicionadas por el pesado legado del thatcherismo; y, finalmente, porque no es traducible como modelo a otros países y, en consecuencia, es mejor pensar en una convivencia de modelos distintos dentro de la socialdemocracia europea.

Desde esta perspectiva, creemos que el análisis de Alex Callinicos (Callinicos 2001) es iluminador para entender los problemas de la *tercera vía* y el *nuevo laborismo* y su aportación a la izquierda. Su tesis fundamental es que la *tercera vía* es una idea atractiva porque promete una salida ante los problemas heredados del pasado pero es un callejón sin salida hacia el futuro para la izquierda y ello por dos razones: en primer lugar, porque sus políticas representan una continuidad con las de la *Nueva Derecha*, ya que su reforma del Estado de Bienestar ha determinado un papel del mercado en la vida social mayor que el de sus predecesores; en segundo lugar, porque ha sobredimensionado el papel de la globalización en su transformación del capitalismo y de la política cuando lo que se ha producido es una mayor inestabilidad tanto en la economía mundial como en la política internacional. En este sentido, la alternativa para la izquierda es afrontar el *capitalismo global* desde un *reformismo reactivado* que implica, por un lado, una ampliación de la arena política como lugar de debate para reformular las nuevas alternativas de la socialdemocracia europea ante la pérdida de importancia del Estado-nación y, por otro, un aprovechamiento de los movimientos y de las luchas de resistencia que se oponen al nuevo orden

(20) Sobre este tema, véanse Kaspersen (2000: 114-142); Bryant y Jary (2001); Rustin (2001); Boynton (2001) y Temple (2001).

(21) Este aspecto es fundamental para comprender el liderazgo de Blair, véase, Tintoré (2001).

global aunque no hablen el lenguaje del socialismo. En consecuencia, el fracaso de la *tercera vía* no implica el fracaso de la socialdemocracia sino una reorientación del pensamiento y de la política de la izquierda ante la injusticia y la desigualdad propiciadas por el *capitalismo global*.

Además, otro de los límites fundamentales del *nuevo laborismo* para la izquierda europea radica en que se basa en una filosofía y unas políticas que se caracterizan por introducir valores liberales dentro de la socialdemocracia, es decir, de un *socialismo liberal*, que en su versión extrema podría definirse como un *thatcherismo de izquierdas*, siendo por tanto, una experiencia difícilmente homologable a la de otros partidos socialdemócratas.²² De hecho, algunos de los debates sobre el futuro de la política británica pasan por una definición de la política progresista dentro de un *centro izquierda* en el que laboristas y liberales confluyan para evitar el dominio de los conservadores en el futuro.²³ En este contexto, los análisis sobre el SPD expresan una proximidad ideológica entre la *tercera vía* y el *nuevo centro* pero señalan también enormes diferencias políticas determinadas por contextos muy diversos.²⁴

En este momento, la pregunta es si la izquierda será capaz de responder a este mundo en mudanza continua. Desde una perspectiva histórica, y superada una etapa de desmoralización marcada por el síndrome del *post-89*, la socialdemocracia europea se enfrenta a esta nueva era global desde una posición distinta. Desde un punto de vista ideológico, el desplazamiento de la *izquierda hacia el centro* ha significado algo positivo en la medida en que ha sacudido el pesimismo y ha definido los problemas que deben marcar la renovación de la izquierda europea. Sin embargo, los límites de la socialdemocracia no parecen superarse con mayores dosis de socialismo liberal. Quizás el programa de la *tercera vía* y el *nuevo laborismo* puedan ser interesantes, aunque no menos criticados, para Gran Bretaña. Sin embargo, resulta menos evidente que esta sea la vía para la izquierda en Europa. En este contexto, el *centro izquierda* parece presentarse como una alternativa con síntomas de agotamiento ante los problemas de su teoría y de su práctica políticas para responder a una diversidad de izquierdas posibles.

Bibliografía

- Anderson, Perry y Camiller, Patrik (ed) (1994): *Mapping the West European Left*, Verso, Londres, UK.
- Beck, Ulrich (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Beck, Ulrich; Giddens, Anthony y Lash, Scott (1994): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Alianza, Madrid.
- Beriain, Josetxu (1996): *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Anthropos, Barcelona.
- Biorcio, Roberto (1999): "I Verdi in Europa: una nuova era?", *Il Mulino*, settembre-ottobre. N° 385, Bologna, Italia. pp. 929-937.

(22) Esta es la tesis de White (2001). Desde otra óptica, véase también Merkel (2001).

(23) Véase al respecto Lawson y Sherlock (2001).

(24) Véase especialmente, Lees (2000).

- Blair, Tony (1998): *La tercera vía*, Ediciones El País-Aguilar, Barcelona, España.
- Blair, Tony y Gerhard Schröder (2000): “La Tercera Vía. Europa: *The Third Way/Die Neue Mitte*”, en Jacques, Martin (ed.), *¿Tercera vía o neoliberalismo?*, Icaria, Barcelona, España. pp. 25-41.
- Blackburn, Robin (ed.) (1993): *Después de la caída. El futuro del comunismo y el futuro del socialismo*, Crítica, Barcelona, España.
- Bobbio, Norberto (1995): *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Taurus, Madrid, España.
- Bosetti, Giancarlo (comp.): *Izquierda punto cero*, Paidós, Barcelona, España.
- Botella, Joan (2002): “Política sin ideas, ideas sin política: En torno al *pensamiento único*”, en Antón, Joan (coord.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Ariel, Barcelona, España. pp. 69-78.
- Boynton, Robert. S. (2002): “The Two tonys: Why is the Prime Minister so Interested in what Anthony Giddens Thinks?”, en Bryant, Christopher G. A. y Jary, David, *The Contemporary Giddens. Social Theory in a Globalizing Age*, Palgrave, Nueva York, USA. pp. 197-208.
- Bryant, Christopher G. A. y Jary, David (2001): “The Public Intellectual and the Third Way”, en Bryant, Christopher G. A. y Jary, David (eds.), *The Contemporary Giddens. Social Theory in a Globalizing Age*, Palgrave, Nueva York, USA. pp. 171-178.
- Callaghan, John (2000): *The Retreat of Social Democracy*, Manchester University Press, Manchester, UK.
- Callinicos, Alex (2002): *Contra la tercera vía. Una crítica anticapitalista*, Crítica, Barcelona, España.
- Del Águila, Rafael (2002): “De nuevo el fin de las ideologías”, en Antón, Joan (coord.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Ariel, Barcelona, España. pp. 59-67.
- Fukuyama, Francis (1990): “¿El fin de la historia?”, *Claves de Razón Práctica*, Abril. N° 1. España. pp. 85-96.
- Fukuyama, Francis (1992): *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, España.
- Furet, François (1995): *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, España.
- Giddens, Anthony (1994 a): *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Cátedra, Barcelona, España.
- Giddens, Anthony (1994b): “Brave New World: The New Context of Politics”, en Miliband, David, *Reinventing the Left*, Polity Press, Cambridge, UK. pp. 21-38.
- Giddens, Anthony (1996): “The Labour Party and British Politics”, en Giddens, Anthony, *In Defence of Sociology. Essays, Interpretations & Rejoinders*, Polity Press, Cambridge, UK, pp. 240-271.
- Giddens, Anthony (1998): *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, Barcelona, España.
- Giddens, Anthony (1999): “La tercera vía es la izquierda del centro” (entrevista de Andrés Ortega), *El País*, 25-7-99.
- Giddens, Anthony (2001 a): *La tercera vía y sus críticos*, Taurus, Madrid, España.
- Giddens, Anthony (ed.) (2001 b): *The Global Third Way Debate*, Polity Press, Cambridge, UK.
- Giddens, Anthony (2002): *Where Now for New Labour*, Polity Press, Cambridge, UK.
- Glantz, Peter (1992): *La izquierda tras el triunfo de Occidente*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia. España.
- Hombach, Bodo (2000): *The Politics of the New Centre*, Polity Press, Cambridge, UK.
- Huntington, Samuel P. (1994): *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, España.
- Kaspersen, Lars Bo (2000): *Anthony Giddens. An Introduction to a Social Theorist*, Blackwell, Oxford, UK.
- Lafontaine, Oskar (1996): “The Future of German Social Democracy”, *New Left Review*, January/February. N° 227. UK. pp. 72-87.
- Lafontaine, Oskar (2000): *El corazón late a la izquierda*, Paidós, Barcelona, España.
- Lawson, Neal y Sherlock, Neil (eds.) (2001): *The Progressive Century. The Future of the Centre-Left in Britain*, Palgrave, Nueva York, USA.
- Lees, Charles (2000): *The Red-Green coalition in Germany. Politics, personalities and power*, Manchester University Press, Manchester, UK.
- Merkel, Wolfgang (1994 a): “Después de la *edad de oro*: ¿Está la socialdemocracia condenada al declive?” en VV.AA. *Los partidos socialistas en Europa*, ICPS, Barcelona, España. pp 251- 290.

- Merkel, Wolfgang (ed.) (1994 b): *Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Alianza, Madrid, España.
- Merkel, Wolfgang (1995): *¿Final de la socialdemocracia? Recursos de poder y política de gobierno de los partidos socialdemócratas en Europa Occidental*, Edicions Alfons El Magnànim, Valencia, España.
- Merkel, Wolfgang (2001): "The Third Ways of Socialdemocracy", en Giddens, Anthony, *The Global Third Way Debate*, Polity Press, Cambridge, UK. pp. 50-73.
- Monereo, Manuel (1997): "La izquierda europea: Entre el estancamiento y la renovación", *Sistema*, Junio. N° 139. España. pp. 33-44.
- Müller-Rommel, Ferdinand y Poguntke, Thomas (eds.)(2002): *Green Parties in National Governments*, Frank Cass, Londres, UK.
- Navarro, Viçenc (2000): *Globalización económica, poder político y Estado de Bienestar*, Ariel, Barcelona, España.
- Panarari, Massimiliano (2001): "La "Terza sinistra". Una nuova via per l'ambientalismo", *Il Mulino*, luglio-agosto. N° 396. Bologna. Italia. pp. 727-735.
- Rivero, Ángel (2002): "Es el postsocialismo una tercera vía para la socialdemocracia europea?", en Antón, Joan (coord.), *Las ideas políticas en el siglo XXI*, Ariel, Barcelona, España. pp. 115-126.
- Rustin, Michael (2001): "The Future of Post-Socialism", en Bryant, Christopher G.A. Jary David (eds.), *The Contemporary Giddens. Social Theory in a Globalizing Age*, Palgrave, Nueva York, USA. pp. 179-196.
- Sartori, Giovanni (1993): *La democracia después del comunismo*, Alianza, Madrid, España.
- Sotelo, Ignacio (2002 a): "El ascenso de la extrema derecha. Riesgos y retos de la transformación del Estado nacional, *Claves de Razón Práctica*, Junio. N° 123. España. pp. 18-23.
- Sotelo, Ignacio (2002 b): "El final de la socialdemocracia", *Claves de Razón Práctica*, Octubre. N° 126. España. pp. 10-19.
- Temple, Michael (2001): "Anthony giddens, Tony Blair and the Third Way", en Bryant, Christopher G.A. y Jary, David, *The Contemporary Giddens. Social theory in a Globalizing Age*, Palgrave, Nueva York, USA. pp. 209-225.
- Tintoré, Mireya (2001): "El liderazgo de Blair en Gran Bretaña", *Revista de Estudios Políticos*, Julio-Septiembre. N° 113. España. pp. 325-357.
- Valencia, Ángel (1997): "Democracia, nuevas tecnologías y comunicación: Nuevas respuestas y viejos problemas dentro de la teoría de la democracia", *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, Enero. N° 136. España. pp. 85-101.
- Valencia, Ángel (2000 a): "Los partidos verdes en Europa: Estabilidad electoral y política de alianza en un nuevo espacio político", *Inguruak. Revista Vasca de Sociología y Ciencia Política*, Marzo. N° 26. España. pp. 127-148.
- Valencia, Ángel (2000 b): "Ecologismo y socialismo: ¿Una convergencia posible en el nuevo siglo?", *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, Julio. N° 157. España. pp.67-91.
- Valencia, Ángel (2001 a): "Hacia un modelo de política radical para el siglo XXI", en Salinas, Ana (coord.), *Persona y Estado en el umbral del siglo XXI*, Facultad de Derecho y Diputación Provincial de Málaga, Málaga. España. pp. 837-846.
- Valencia, Ángel (2001 b): "Los partidos verdes en Europa en el fin de siglo: ¿Un nuevo espacio político para el ecologismo?", en Di Comité, Luigi y Anna Paterno (A cura di): *Popolazione, Sviluppo e ambiente*, Cacucci Editore, Bari. Italia. pp. 133-167.
- Valencia, Ángel (2002): "El nou espai polític de l'esquerra verda en Europa", *Nous Horizons*, Diciembre. N° 167. España. pp. 24-31.
- Vallespín, Fernando (2000): *El futuro de la política*, Taurus, Madrid, España.
- VV.AA. (1991): *Los partidos socialistas en Europa*, ICPS, Barcelona, España.
- VV.AA. (1992): *Socialist Parties in Europe II: Of Class, Populars, Catch-All?*, ICPS, Barcelona, España.
- White, Stuart (ed.) (2001): *New Labour The Progressive Future*, Palgrave, Nueva York, USA.

Resumen

En los últimos años estamos asistiendo simultáneamente a dos fenómenos de singular relevancia dentro de la izquierda europea: por un lado, el cuestionamiento de los planteamientos de la *vieja socialdemocracia* para afrontar los retos políticos del presente; y por otro, la aparición de una *nueva socialdemocracia* que no sólo se distancia de su pasado socialdemócrata sino que además se define ideológicamente dentro del *centro izquierda*. Desde esta perspectiva, el objeto de este artículo es explicar tanto las razones de este desplazamiento del espacio político de la socialdemocracia hacia el *centro izquierda*, como evaluar las experiencias de gobierno de aquellos partidos políticos que, como el *New Labour* británico o el SPD alemán, responden a esta definición.

Abstract

In the last years we are attending simultaneously at two phenomena of singular relevance within the european left wing: on the one hand the questioning of the former *old social democracy* to face the current political challenges; and the other, the appearance of a *new social democracy* that not only takes distance from its socialdemocrat past but also can be ideologically defined as belonging to *centre-left*. From this view the goal of this article is to explain both the grounds for the shift of the social democracy political space towards the centre-left, and to evaluate the government experiences of those political parties, such as the British New Labour of the German SPD which fit this definition.